

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

PUBLICACION QUINCENAL

Octubre 25 | Núm. XII

TOMO II

AJENCIAS

LIBRERIA DEL MERCURIO
LIBRERIA UNIVERSAL

LIBRERIA DE AUGUSTO RAYMOND
LIBRERIA ESPAÑOLA I AMERICANA

SANTIAGO

IMPRENTA DEL SUD-AMERICA, CALLE HUERFANOS, 19Q

1873

que lo que yo p exijimos es hacerlo lo que se haga o no. La escritura que el autor de la obra nos habia enviado o no. El autor tiene el uno orientacion criticisante o no. Los argumentos de los autores son correctos o no. Los argumentos de los autores son correctos o no.

SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER

SEÑORA DOÑA LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

Señora:

Leyendo en estos dias la penúltima entrega del "Sud-América," sorprendióme no poco el encontrar una carta de Ud. dirigida a mi nombre. Leíla con interes, con el interes que despierta siempre la mujer i especialmente la mujer de talento; i tuve el pesar de ver que mis *observaciones* sobre la educación de la mujer no habian sido comprendidas en su fondo por Ud. Sin duda yo no me espliqué con claridad, o Ud., como mujer, miró la cuestión desde un punto de vista en que mi sexo me impidia colocarme. Debió Ud. sentir algo parecido á lo que sentiria un elocuente orador a quien se pusiera una mordaza, i por consiguiente su anhelosa intelijencia se sublevó contra la mano atentatoria que osaba poner vallas al vuelo de su espíritu.

Francamente, yo tenia la decidida intencion de no volver a tomar la palabra en una cuestión tan delicada i demasiado profunda para ser tratada con la lijereza de meditacion de que adolecen i que casi exigen los artículos de la prensa diaria. Veia la discusion interminable, i allá en mis adentros me guardaba la idea de escribir un libro sobre la materia; libro que probablemente se quedará en embrion, porque hace tiempo me siento mas inclinado a la oscuridad tranquila que a la publicidad militante. Hoy, a fuer de hombre educado, tengo que vencer esa inclinación para contestar a la distinguida señora que me hace el alto honor de meditar i discutir mis observaciones.

No sé, señora, hasta qué punto estén mis ideas en contra-

posición con las de Ud. Pero sí es seguro que en el punto en cuestión estamos en perfecto acuerdo. Casi no discrepamos ni se quiera en los detalles.

La mujer debe ser educada; i para serlo necesita ser instruida. Hé ahí, en pocas i sencillas palabras, nuestro común programa.

Lo que yo no quiero, lo que rechazo, lo que me parece un fastidio de las leyes naturales, es el programa científico que el distinguido señor Hostos formuló ante la Academia de Bellas Letras. Ese programa me asustó; ví que en él la mujer era imposible; comprendí que una vez vaciada toda esa ciencia en una cabeza femenil, desaparecía i se anulaba por completo la misión de esa mitad del género humano, tal como Dios ha querido que sea. Esa mujer, con su razon así perfeccionada, no podría ser hija, esposa ni madre; madre, sobre todo. El corazón tenía que ser el servidor de la cabeza, i Ud. sabe que sin el corazón la madre no es posible.

¿Cómo ha podido Ud. creer que yo prefiero a la mujer ignorante? ¿Dónde i cuándo lo he dicho? Mui al contrario, he asegurado que la ignorancia es la fuente de todos los crímenes, he ido hasta creer que, una vez educada la mujer como debe serlo, se harían inútiles en los pueblos los juzgados del crimen.

Sí, señora; yo quiero a la mujer instruida; pero para tener el conocimiento de las primeras leyes de la naturaleza, para poder darse la razon de los acontecimientos, no necesita por cierto el conocimiento absoluto de todas las ciencias habidas i por haber.

Quiero mas; quiero que se abran para ella todas esas carreras profesionales que sean un complemento de su naturaleza, i no las que sean incompatibles con su misión. Que se le abran talleres, industrias, todos los campos donde pueda ejercer su actividad, i que no le impidan, ántes bien le ayuden el ejercicio de los deberes primordiales que está llamada a cumplir como esposa i como madre.

Pero cuestión es esta tan difícil i delicada, que ha sido la eterna controversia de los que se ocupan del progreso científico en todas las naciones civilizadas. En su discusión se han dicho tantas grandes i sublimes verdades como abominables ab-

surdos. Sabios hai que han llegado hasta negar a la mujer la facultad del talento; i no solo sabios sino *sabias* hai que lo han afirmado.

¿Quiere Ud. dar conmigo un paseo por entre los aforismos de algunos autores? Veamos algunos tomados al acaso, pero no se exalte Ud. contra ellos. Aquí están:

Beschérelle.—Toma el primer consejo de la mujer, i no el segundo; las mujeres juzgan mejor por instinto que por reflexion.

La Rochefoucauld.—El talento de la mayoría de las mujeres sirve mas para favorecer su locura que su razon.

La Bruyère.—Preciso es que sea mui tonta la mujer a quien el amor no le infunda talento.

Saint-Foix.—Hai tanta diferencia entre el talento de la mujer i el del hombre, como entre el color rosa i el rojo.

Zimmermann.—Nada aguza tanto el talento de la mujer como el amor.

Deseurel.—El amor da a la mujer el talento que le falta, en tanto que lo hace perder al hombre que lo tiene.

Michelet.—La mujer lo recibe todo por medio del amor. Ahí está la cultura de su espíritu.

Mme. de Staél.—Las mujeres no pueden tener jenio, puesto que no poseen la profundidad de pensamiento ni la hilacion de ideas necesaria para ello.

Rivarol.—El cielo negó el jenio a las mujeres, para que toda su llama se concentrase en su corazon.

Lamartine.—Dios ha colocado el jenio de las mujeres en el corazon, porque en ellas las obras del jenio deben ser las obras del amor.

Sanial Dubay.—El talento de las mujeres es como una vela espuesta al viento; su luz vacila sin cesar.

—Las mujeres tienen mas alma que jenio, i mas tacto que discernimiento.

Basta; que las citas podrian alargarse como una letanía.

Sin embargo, yo no participo de esas teorías; yo no niego, ni puedo negar el talento de la mujer, i aunque lo quisiera, Ud. misma seria la mejor prueba contra tan absurda negacion.

Pero creo sinceramente que la facultad principal en la mujer no es el talento, sino el sentimiento; la fuerza de su organización no reside en la cabeza sino en el corazón. De aquí la necesidad de que su educación sea distinta de la del hombre.

Abramos un poco, si Ud quiere, las hojas de un libro precioso i oigamos lo que nos dice: creo que Ud. no revocará la autoridad del sabio Michelet.

“Lo que en el hombre es luz, en la mujer es sobre todo calor. En ella la idea se hace sentimiento. El sentimiento, si es vivo, vibra en emoción nerviosa. Tal pensamiento, tal inventación, tal novedad útil, afecta agradablemente el cerebro del hombre, lo hace sonreír como una amable sorpresa. Pero la mujer ha sentido inmediatamente el bien que ello produciría, “una felicidad nueva para la humanidad.”

Esto en lo que respecta a la diversa naturaleza de los dos sexos, a los distintos efectos que en ellos producen las mismas causas. Lo que prueba que su misión en la naturaleza va al mismo fin por medios enteramente diversos.

Por lo que hace a la educación, he aquí su tesis:

“La educación del niño, en la idea moderna, es organizar una fuerza, fuerza eficaz i productiva, crear un creador.

“La educación de la niña es hacer una armonía, armonizar una religión.

“La mujer es una religión.”

I mas adelante, tratando lo que él llama la *sustancia de la educación*, agrega siempre que debe ser distinta para el niño i para la niña.

“Si se quiere avanzar en la educación mucho mas de lo que se ha avanzado hasta hoy, es preciso marcar seriamente las diferencias profundas que no solamente separan a los dos sexos, sino que aun los oponen, los constituyen simétricamente opuestos.

“Distintas son sus vocaciones i sus tendencias naturales. Distinta tambien su educación: diferente en el método, armonizador

para la niña, fortificante para el niño; diferente en su objeto, por el estudio principal en que se ejercerá su espíritu.

I ya que hemos comenzado, sigamos al ilustre Michelet en el desarrollo progresivo de su sistema, i lleguemos a la mujer ya formada. El hombre, unido a ella, la ve cernerse en los espacios infinitos, en cumbres inaccesibles donde ella ha volado insensiblemente. Cómo ha llegado allí ¿quién lo sabe?

“Tu ternura ha contribuido mucho. Si ella tiene ese poder, si mujer i madre tiene en pleno matrimonio la virjinidad sibilítica, es que tu amor inquieto, envolviendo el querido tesoro, ha hecho dos partes de la existencia:—para tí el duro trabajo, el rudo contacto de la vida;—para ella la paz i el amor, la maternidad, el arte, los dulces cuidados del hogar.”

I no puede ser de otro modo. ¿Cómo pretender que tengan igual trabajo dos naturalezas diferentes, simpáticas por su propia diversidad, dos organismos que necesitan diverso alimento para su ser, que separados no valen nada i que unidos se completan i forman por sí solos una creacion?

Si ambos hicieran exactamente el mismo trabajo, la naturaleza se falsearía en un medio, i entonces no alcanzaría su fin.

El hombre no es el educador por excelencia. La escuela es la mujer; la escuela única, la perfecta, la inmutable. Luego, no debe, no puede ser educada en perfecta igualdad con el hombre, i aunque tal se pretendiera, la educación en ella, al pasar por su alma, se modificaría i daria otro resultado del que se esperaba, el resultado natural, aquel para que ha sido hecha.

La diferencia, esa que no hai poder humano que pueda falsoar, está en que el hombre es la fuerza i la mujer es el amor, dos medios opuestos que se atraen para completarse hasta la perfección.

Tal es, señora, el punto de partida de mis ideas; ahí está toda mi lógica; i todas las teorías del mundo, por sabias que sean, no lograrán enmendar la obra de Dios. Por eso todo cuanto se haga en contraposicion a esta marcha inevitable, es entorpecer el desarrollo de la naturaleza.

Realmente, para mí seria mui extraño que una mujer pre-

tendiera desviar su educación de esa línea recta. Creo que es mil veces mas glorioso, que es mas sublime la misión de dominar al mundo por el amor, que entrar en lucha abierta con la naturaleza para arrancarle sus secretos. Yo quiero a la mujer en la cúspide, no en la sombra; la quiero sobrenadando en las rejones serenas de la altura donde nada manche los blancos ropajes de su pureza; no pidiendo a su físico fuerzas que solo residen en su moral, i que su moral no podría darle.

La mujer domina por el sentimiento, que es la llama creadora del universo, la parte divina que existe en nuestro ser, lo que va mas allá de nuestra débil envoltura material. El estudio serio, la absorción de la ciencia, el descubrimiento de la verdad, que nunca se alcanza, embotarian aquella facultad divina. I diré mas; al lado de la verdad científica está otra verdad, mas grande, mas pura, mas santa, la que reside en la mujer, en el corazón que aspira i se acerca a la divinidad.

Venga una mujer, venga una madre imbuida en todas las ciencias posibles, conteniendo en su cabeza el perfecto conocimiento de la verdad universal, toda la sabiduría en fin, i dígame si eso le daria mas orgullo i mas felicidad que presentarse ante el género humano con su pequeño hijo en sus brazos. La sabia podría decir: lo sé todo, admiradme! Pero la madre diría rebosando de amor: ved, yo he creado un mundo! adoradme!

¿I qué ciencia, qué estudio, qué verdad mejor para una madre que su propio hijo? Educarlo, enseñarlo a orar, a acariciarla, a amar lo bueno, a sentir lo justo, a practicar la virtud, a ser grande! hé ahí la ciencia, puesta por Dios en el corazón de la mujer.

Sin embargo, me dirá Ud. que si esa madre es instruida, será mejor madre i mejor sabrá educar a sus hijos. Precisamente; así es como yo lo deseo, como la sociedad lo necesita. Mas también Ud. no dejará de comprender cuánta distancia hai de la mujer como Ud. i yo la deseamos, a la mujer vaciada en el molde científico del señor Hostos.

Pero me habla Ud. de la virtud. Dice Ud. que a medida que la mujer aprende, se moraliza i por consiguiente se hace mas i mas virtuosa. Indudablemente, no puede ser de otro modo, i por eso quiero yo que la mujer se instruya. Ademas, Ud. sa-

be muy bien que hai virtud i virtud. Hai la virtud que se tiene porque se la conoce, porque se *quiere*; i hai la virtud que se tiene porque se *tiene*. Aquella se comprende a sí misma, i ésta se ignora; esta es la fina, la lejítima, la mas pura. De esta manera la virtud no depende exclusivamente de la ciencia, es decir, de la cabeza; depende sobre todo del corazon. I si la que forma i educa el corazon es la madre, es claro que en ella tiene su base la moral de las jeneraciones. En esta materia lo que el niño no aprenda, o mejor, no sienta en su hogar, no puede aprenderlo jamas en el mejor de los colegios ni con los mejores profesores.

I entiéndase que yo hablo del corazon como oríjen i causa del sentimiento, i no como lo entiende el señor Hostos cuando lo llama una *membrana hueca*, destinada a repartir la sangre en las arterias. Eso es hablar como científico, miéntras yo hablo como el vulgo, que si no *sabe*, a lo ménos *siente*. Ahí está la naturaleza; i defáhí que yo prefiero educar lo que siente a lo que piensa. Creo que la perfeccion humana consiste no en saber mucho, sino en ser bueno.

Quiero concluir; pero ántes permítame Ud. que no acepte ese calificativo que el señor Hostos primero i despues Ud. me han dado, considerándome representante de una mayoría retrógrada o por lo ménos estacionaria. Yo no represento a ninguna mayoría, i dudo mucho que esa gran mayoría confiara su representacion a tan pobre diputado. No, señora; yo no represento mas que mis propias ideas, no segun lo que sé, sino segun lo que *siento*.

Tengo para mí que la mujer está llamada a concentrar en su ser todas las fuerzas i todos los elementos de la creacion humana. Búsquela Ud en el drama, en la historia, en la novela, en la poesía, en la vida real, i siempre la verá dominando por el sentimiento, reina del mundo, soberana de la humanidad.

Bues bien, arránquele Ud. ese poder que la hace dominadora, i el equilibrio de la sociedad habrá desaparecido.

I por mas que se haga, nunca sucederá de otro modo. Así ha sido desde Adan hasta nuestros dias, i así será desde nosotros hasta el fin del mundo.

Talvez yo me equivoco; pero creo que tal es la lei natural, i por tanto no trato de contrariarla. Quiero, sí, perfeccionarla

i a ese fin quiero reducir el estudio, la instruccion, en una palabra, la educacion de la mujer. Antes de verla saber lo que siente, quiero que sienta lo que sabe. De otro modo tampoco podria ser la grande educatriz de la naturaleza.

Quiero, pues, a la mujer educada, que es mucho mas que instruida; pero francamente no la quiero científica en el mismo sentido que el hombre, rechazo eso que se llama independencia de la mujer, i que para mí no es otra cosa que el despedazamiento del lazo santo de la humanidad. No la quiero con derechos políticos, sino con sus derechos naturales. La quiero con su lugar en la sociedad, porque no quiero verla bajar de su trono. Yo la diviso en una cúspide i ahí deseo que viva siempre, que nunca descienda, que conserve para bien i perfeccion de la humanidad esa parte de ángel que Dios ha puesto en su naturaleza. La veo así mas santa, mas pura mas, digna; en una palabra, superior al hombre en la mision misteriosa de su destino.

Vea Ud. como, léjos de querer para ella el mal, la humillacion, el segundo lugar, reclamo i le doi mas consideraciones que mis contradictores. No la quiero igual, porque la quiero siempre reina.

Ud., mujer de talento i mujer de corazon, debe comprenderlo sin duda de la misma manera. Por eso comencé por declarar que estamos en perfecta conformidad.

Por lo demas, doi a Ud. las gracias por la benevolencia con que trata mis observaciones, i orgulloso de encontrarme en tan hermosa compañia, tengo el gusto de ofrecer a Ud. mis aplausos i mis respetuosas consideraciones.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Octubre de 1872.